

## Joven, El Quijote

ENRIQUE DE JESÚS PIMENTEL

Todo el mundo recuerda que en la parte inicial del prólogo a la edición de 1605, Cervantes invita al “desocupado lector” a “decir de la historia todo aquello que le pareciere, sin temor de que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres de ella”. La vigencia de esa invitación ha perdurado cuatro centurias y sin duda ha sido larga y continuamente aceptada a tal grado que decir algo más de esa historia o de lo que otros han dicho de ella parecería, de alguna manera, un despropósito o una temeridad. Despropósito porque la empresa de agregar algo inédito y novedoso al caudal de lo escrito e investigado es cada vez más ardua y resbaladiza. Temeridad porque esa empresa nos parece reservada, cada vez más, a conocedores profundos y minuciosos, sabios a quienes nos imaginamos dedicando días, meses y años enteros de su vida entera a la lectura e investigación de la narrativa cervantina y a escribir sobre la lectura e investigación de lo que otros han escrito, vidas enteras, sobre él. Eruditos, académicos, cervantistas que al final de cuentas son también parte de la legión de convocados por el alcaláino.

Esa convocatoria es un recurso meramente retórico que utiliza Cervantes para huir de otro al que expresamente hace referencia, sin duda más socorrido en esas épocas: el de solicitar benevolencia para los posibles defectos del texto impreso. Así, le advierte al “desocupado lector” que “no quiero irme con la corriente en uso ni suplicarte casi con lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, que ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado.” Invitación que tiene algo de reto y desafío, a pesar de la fingida humildad con que inicialmente se refiere a su novela, la “deliciosa falsa modestia” a la que alude Felipe Garrido en el resumen respectivo de su versión de *El Quijote* (Ed. Nuevo México, México, 2005).

Dice Fernando del Paso en su *Viaje alrededor de El Quijote*: “... sucede que no soy cervantista. Comencé no tanto a estudiar *El Quijote*, sino a regodearme con él, y con la polvareda que ha levantado, ya pasados lo sesenta años de edad: no me alcanzaría la vida para ser un cervantista”. Que esto lo diga alguien como preámbulo de un libro erudito y ameno, nos deja al común de los mortales, independientemente de nuestra escasa o adelantada edad, ante la disyuntiva de leer y disfrutar la obra sin decir nada de ella o de hacer uso del entusiasmo que nos produce y del libre albedrío que tenemos “como el más pintado” para hacerlo y engrosar con un vaso de no sé qué agua, un torrente que no cesa.

Es aprovechable, entonces, la bienaventurada ocasión de hablar de un libro derivado de la obra mayor, de una versión, de una guía, de un resumen preceptivo, lo que no hace menos arriesgado el emitir una opinión, pues traslada el riesgo también mayor a quien se ha aventurado en esa adaptación. Lo primero que hay que resaltar es que este trabajo, es fehacientemente, la adaptación de un lector, de un verdadero y conspicuo lector. Un lector en busca de lectores.

Es cierto, sin embargo que cada libro exige un lector único. Aun cuando su naturaleza pública lo lleve a rodar por bibliotecas, librerías, por la boca de profesores de literatura que intentan compartir con sus alumnos las maravillas o la maravilla que les inspiró su lectura, el libro pertenece a un solo lector. Porque una vez leído, asimilado, entretejido con la sustancia anímica de quien recorre las palabras vueltas imágenes o molinos de viento, ya no hay manera de arrancar el libro de ese ámbito interior adonde lo colocamos para siempre junto con la lámpara sorda que nos permitía leer a horas prohibidas, con los últimos ruidos de la casa que se preparaba al descanso, con la refriega de primos a pesar de la cual leíamos e imaginábamos. Pero quizá no pasa con todos los

libros. Hay libros únicos, que inauguran los trabajos del alma, hay los que despiertan las primeras rebeldías, las tomas de conciencia, los primeros sueños. Tenaz como los fantasmas y las maldiciones, como el nombre que se escribe con sangre en el recuerdo, ese libro sustancial e imprescindible enciende su fuego redentor y acompaña a quien lo lee como un perro a su dueño. Porque el libro es de quien lo lee, y el autor lo escribió pensando en él. Aun cuando el título de que se trate sea objeto de culto. Como *El Quijote*. Más mentada que leída, la historia del ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es lo que llamamos sin pudor –y a veces sin saber por qué– un clásico. Casi cualquier persona adulta ha visto, leído –o creído leer– alguna o algunas de las historias que conforman el libro. Tal vez incluso recuerda pasajes enteros, episodios que sus contemporáneos reconocen por haber visto la película o el musical. Pero también hay quienes jamás siquiera lo han hojeado. Hay quienes deben hojearlo para pasar la materia de español o literatura universal. ¿Leer *El Quijote* por obligación? ¿Convertir esa fiesta de la experiencia humana en un ejercicio de aburrimiento, en indolencia, en nada?

La invitación de Cervantes no incluía, no imaginó siquiera, la multitud de ediciones ya sin pago de derechos de autor, las versiones teatrales, musicales y filmicas, y las adaptaciones para diversos públicos. Pero con o sin invitación del autor, el IV centenario ha sido también ocasión propicia para todo tipo de propuestas editoriales. Si de acuerdo a algunas estadísticas, no sé que tan interesadas o verídicas, la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis era el libro más editado después de la Biblia, al concluir el año, al paso que vamos y con las ediciones, *El Quijote* habrá rebasado esas cifras cualesquiera que sean. Una de las más celebradas, ya sabemos, es aquella de los 800,000 ejemplares que en edición popular preparó la comunidad de Castilla-La Mancha. Otra, la edición especial en dos volúmenes del Instituto Cervantes, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la editorial Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores y que incluye un CD y condensa el trabajo de unos cien expertos, dirigidos por el catedrático español Francisco Rico.

Todo el mundo recuerda, claro, la edición conjunta que las Academias de la Lengua prepararon con la editorial Alfaguara. Entre las adaptaciones, es evidente también, destacan las dedicadas al público infantil y juvenil. Recuerdo una, sólo como ejemplo: la adaptación de Eduardo Alonso, de la editorial Vicens Vives con una introducción de Martín de Riquer. Hay otras y otras, y si no para toda clase de lectores, sí para toda clase de mercados, como ésta que hoy presentamos. ¿Qué la hace diferente?

Como hemos dicho, este año se celebran, se festejan, se honran los primeros cuatrocientos años de vida de la obra cumbre de la literatura de habla hispana. Además de los festejos múltiples y de esfuerzos editoriales a que nos hemos referido, hubo, hay, habrá simposiums, congresos y eventos de muchas y muy sesudas clases a lo largo del año. Los expertos cervantistas lucirán sus conocimientos y especularán sobre la vida y obra del aventurero que levantó la imaginación literaria de todos los siglos, el que abrió a la conciencia y a la mirada de los hombres y las mujeres mundos que nadie hubiera conocido sin la mediación de su severa audacia de descubridor que puso en el mapa de la imaginería colectiva gigantes y molinos de viento, Dulcineas que *habitan mis batallas*, hechizos y escuderos, yelmos y bacías que hoy nos son tan familiares como las monedas o los kleenex.

Los jóvenes, sin embargo, no tendrán acceso a la mayor parte de dichos eventos. Y aun si lo tuvieran, es evidente que deliberar sobre las formas del retruécano en el capítulo XXV no es la mejor manera de acercarse a *El Quijote*.

Y de repente llega a mis manos un libro: *El Quijote para jóvenes*. Ajá, me digo, un resumen al estilo del *Mil libros*. Para facilitar las tareas y que luego los chavos digan: “Yo sí lo leí completo.” Pero al revisarlo caigo en la cuenta de que no es un resumen más. Es un trabajo de la

lucidez y la nostalgia, de horas antiguas que generosamente vuelven para entregar un misterio del cual muchos podrían quedar excluidos. Porque Felipe Garrido, el compilador, tiende un puente, hace una invitación, por medio de estas páginas para que el lector joven se pique, se anime –como a él de niño lo animaron los relatos y las lecturas de su padre–, se entusiasme con cada capítulo resumido en sus partes esenciales y vaya a la fuente original. Entre las múltiples ventajas que ofrece *El Quijote para jóvenes* está que los capítulos conservan su título y numeración originales, así que el lector interesado puede referirse sin problemas al mismo capítulo si desea leer la versión completa.

Esta sensibilidad para ir a los procesos de recepción de la letra escrita, se debe, ya lo he dicho, a que ésta es la adaptación de un lector. De un lector amoroso y profesional. Un lector que pretende que “esta guía”, como llama a su trabajo, sea una invitación para leer completo el texto de *El Quijote*, pero que sabe que, en este país la lectura no es, entre los jóvenes y los no jóvenes, una empresa por la que se mida el ingenio o la hidalguía, si acaso un instrumento para sortear los escollos de la educación académica.

De tal manera resulta singular, pero significativa, la expresión con la que Felipe Garrido inicia el resumen guía del primer capítulo de *El Quijote*. La misma, casi, con la que yo pudiera haber comenzado este texto de comentario y he repetido alguna vez: “Todo mundo recuerda las palabras con que comienza la historia de don Quijote.” Es cierto, todo mundo las recuerda aunque no todo mundo las haya leído. *El Quijote*, lo sabe Felipe Garrido, es un asunto más de la memoria global que de la lectura individual.

En aras de fomentar la lectura individual, ¿sirven las adaptaciones? Hay muchas respuestas; bueno, cuando menos hay dos: la de los que dicen que sí y la de los que dicen que no. Pero todo mundo recuerda que este año hemos tenido que recordar, con la memoria personal, cuándo fue que leímos por primera vez *El Quijote*. Yo lo leí cuando cursaba la secundaria; pero no como un texto obligatorio ni prescrito por mi profesor de literatura, con lo cual me hubiese vacunado contra su lectura por largo tiempo. No, simplemente lo leí porque estaba en la biblioteca de la casa.

Pero ese recuerdo es omiso y falsario. Es omiso porque el primer contacto que tuve con un texto que se refiriera al hidalgo manchego fueron los larines. ¿Alguien recuerda aún ese término que la globalización ha sustituido por la palabra “cards”? Bueno, pero yo hablo de los verdaderos y originales larines: estampas que venían enrolladas en los chocolates Tin Larín (circa de los primeros 60s) y que debían pegarse en un álbum editado ex profeso. Aunque no terminé de llenarlo (habrá tenido unas ciento cincuenta estampas y debían pegarse por la ceja superior) el texto que iba debajo de cada una de ellas fue realmente mi primera lectura de *El Quijote*. Por eso mi recuerdo es omiso. Es falsario porque habiéndole leído completo en una edición a palo seco y sin viñeta alguna, las imágenes a las que me remitían las peripecias narradas nada tenían que ver con las ilustraciones de Doré, por ejemplo, ni con ninguna película (gracias Dios) sino con esa viñetas coloridas y chispeantes de mi primer álbum. Ventura y desventura que, yo lo sé también, comparto en muy poco con los niños y los jóvenes de hoy.

En ese sentido, el esfuerzo de los editores de *El Quijote para jóvenes* es similar a un acto de fe, es contraseña y provocación, porque su fácil lectura amenaza con convertir al Quijote en propiedad privada de muchos y muchas que tal vez nunca se asomarán al espejo de sus páginas. Contra cualquier objeción que pudiéramos elaborar respecto de las obras resumidas, *El Quijote para jóvenes* nos ofrece una certeza: que el trabajo de Felipe Garrido hará lo suyo, dará lo mejor de su amor por la novela de Cervantes como garantía frente al lector obligado o escéptico y que aun si quienes lo leen ya no llegan al original, la lectura de esta versión les dará una idea muy completa de la historia y el espíritu revitalizador del Quijote como fue escrito. Aceptémoslo: la mayoría de los

jóvenes no leerá *El Quijote*. Muchos ni lo llegarán a tener en sus manos. Si por cuestiones escolares o terrorismos familiares llegaran a leer esta versión de Felipe Garrido, se habría generado un movimiento interno, o quizá hasta edificado una fortaleza en el alma de ese renuente lector. La conjura se habría establecido. La voz de Cervantes pudiera levantar tolvaneras y desatar tormentas donde antes sólo había inmovilidad, lisura. Y, con suerte, el paso cansino de don Quijote y de su fiel escudero Sancho Panza seguirá marcando el horizonte de las generaciones, a pesar de la tele, el cine, los videojuegos y todos esos diablos peores que molinos de viento convertidos en gigantes.

Por otra parte, en un mundo en donde los valores son desafortadamente invocados, a grado tal que quedan reducidos a meras palabras sin sentido, Cervantes sí nos puede hablar de justicia porque vivió la injusticia; podía hablar de soledad, abandono, desesperanza, pero, sobre todo, podía hablar de lealtad, amistad, esperanza, amor a la patria porque él peleó por ella, porque cayó en prisión como soldado, no se lo contaron en una clase de ética ni lo oyó de boca de un lector de noticias.

Atento, conocedor de las dificultades del lenguaje del siglo XVII que pudieran desanimar a los jóvenes, Felipe Garrido hace comentarios, actualiza palabras, indica los derroteros de la historia para eliminar –en una primera impresión– el camino hacia el original. Y digo primera impresión, porque del impacto inicial ante un libro entronizado como “clásico” depende –baste recordar *La Iliada*, *La Odisea et al*– si Argos, o Circe o el Caballero de la Triste Figura se instalarán en nuestro fuero interno y nos asediarán, nos guiarán, nos darán esperanza y felicidad con la persistencia de su sabiduría, con esa mezcla de dicha y lucidez aliadas en el ejercicio del arte que sólo se encuentra en las grandes obras.

Éste es, pues, el libro que me hubiera gustado leer después de mi álbum de larines y antes de la edición a palo seco que según yo fue mi primera lectura. Un libro que me hubiese regocijado en mi niñez, pero tan completo que con él, en este año del IV centenario doy por cumplida la relectura que debemos hacer periódicamente, según recomendaciones de los sabios y más bien, siguiendo nuestros apetitos personales.